

MIMI MATTHEWS

LA SIRENA
DE SUSSEX



Libros de
seda

Para Centelleo

«¿Quién monta el mejor caballo de la pista? ¿Quién consigue amansar incluso a los ponis más rebeldes? ¿A quién intentan imitar las mejores muchachas, tanto en su forma de vestir como en su conducta, incluso en equipamiento, si pueden; hasta en su forma de hablar? Claro, una de nuestras “Preciosas Domadoras de Caballos”».

The Times (Londres),
29 de enero de 1861



CAPÍTULO 1



Londres, Inglaterra
Marzo de 1862

Evelyn Maltravers entró en la sombría tienda de la calle Conduit. En el modesto cartel de la puerta figuraban los nombres y oficio de los propietarios: señores Doyle y Heppenstall, sastres. El interior del establecimiento era igual de modesto: una pequeña sala amueblada con un par de sillones de piel, un espejo trípico de cuerpo entero y un mostrador de madera de caoba pulida. Las luces de gas que descansaban en los apliques proyectaban un brillo difuso sobre las telas dispuestas en los estantes de detrás. Y había varios rollos de finísimas telas en tonos suaves de negro, marrón y azul.

Eran las siete menos cuarto. Estaban a punto de cerrar. El murmullo de una voz masculina salía de la trastienda a través de la cortina que la separaba de la tienda.

A Evelyn se le aceleró el pulso. Una sastrería era un dominio masculino. Y la presencia de una dama resultaba tan rara como molesta. Pero no dejó que esa certeza la disuadiera. Se irguió mientras se acercaba al mostrador y tocó el timbre.

La voz de la trastienda enmudeció. Segundos después, un caballero delgado de pelo cano salió de detrás de la cortina. Tenía los ojos llorosos y la espalda encorvada, como si llevara toda la vida inclinado sobre la mesa de trabajo.

—¿Puedo ayudarla, señora?

Su voz era tan aflautada como su figura.

—Sí, gracias. Me gustaría hablar con el señor Doyle, por favor.

—Yo soy el señor Doyle.

Se vino abajo. Esperaba encontrar un hombre moderno. Con visión. Alguien con magia en los dedos. Pero aquel anciano que tenía ante ella no parecía ni muy moderno ni especialmente competente. Tenía los dedos retorcidos por la edad y le temblaban las manos como si sufriera alguna especie de parálisis.

Entonces la asaltó una esperanza.

—¿Y el señor Heppenstall? ¿Está disponible?

—El señor Heppenstall murió el otoño pasado.

—Ah.

Volvió a hundirse. La grave voz que había oído por detrás de la cortina debía de pertenecer a algún dependiente o tal vez un ayudante. Alguien sin relevancia.

—¿La puedo ayudar en algo? —preguntó el señor Doyle con cierta impaciencia.

Se recordó a sí misma que las apariencias solían engañar. En su caso no había duda de que era así. Por lo que ella sabía, aquel anciano sastre podía ser un auténtico mago con la aguja y el hilo.

—Eso espero. Verá... —Empujó sus delicados anteojos plateados para subírselos por la nariz—. Me ha recomendado sus servicios... una amiga.

No era exactamente cierto, pero tampoco era del todo mentira.

El sastre alzó sus pobladas cejas blancas.

—¿Alguna clienta mía?

—Claro —repuso ella—. Me gustaría encargarle un traje de montar.

El hombre observó con escepticismo sus anteojos y su sencilla vestimenta.

Sintió una inesperada punzada de vergüenza.

¿Debería haberse mandado hacer un vestido nuevo antes de pasar por allí? ¿Tal vez una prenda de alguna modista de renombre que le hubiera dado un toque de elegancia? Pero se había puesto una falda sencilla y una chaquetilla. Un conjunto correcto, cortado y cosido por la costurera de Combe Regis. No tenía ninguna duda de que parecería una pueblerina.

Pero ya no había vuelta atrás.

Tal vez en ese momento pareciera una muchacha de pueblo, pero eso cambiaría pronto.

—Cualquiera que tenga un poco de gusto para la moda sabe que los sastres hacen los mejores trajes de montar para las damas —siguió diciendo muy decidida—. Y quiero al mejor.

—Es muy comprensible, pero si me disculpa... —Guardó silencio un momento—. No diseñamos prendas para intelectuales.

Evelyn no consiguió reprimir una mueca en los labios. Aunque el calificativo tampoco la había sorprendido tanto. No era la primera vez que la llamaban intelectual. También la habían llamado marginada y otras muchas perlas que dedicaban a las jóvenes que se salían de la norma. Sin embargo, las palabras del señor Doyle fueron como un jarro de agua fría.

—Me ha malinterpretado, señor.

—En absoluto, señora. ¿Me permite recomendarle que vaya a ver al señor Inglethorpe, en la calle Oxford? Él suele diseñar trajes para mujeres y estoy seguro de que no tendrá ningún problema en aceptar su encargo.

—Tras una pequeña reverencia, el señor Doyle hizo ademán de retirarse—. Le deseo que pase buena tarde.

Abrió la boca para contestar, pero el hombre desapareció tras la cortina antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra. Se quedó plantada en la tienda vacía con las manos enguantadas entrelazadas.

Intentó que las palabras del anciano sastre no le afectaran. Sabía muy bien lo que veían los demás cuando la miraban: si es que la veían. Ese era precisamente el motivo por el que había decidido pergeñar un plan. Y no pensaba dejar que nadie lo boicoteara. Ni el señor Doyle ni nadie.

Por un momento pensó en volver a tocar el timbre. No había llegado hasta tan lejos para que la rechazaran sin más. ¿Pero qué conseguiría haciendo volver al señor Doyle? No podía obligar a aquel hombre a aceptar su encargo. A menos que...

Siempre podía ofrecerle más dinero.

Según las fuentes de Evelyn, la señorita Walters había pagado trece libras por su último traje. Seguro que ella podría juntar algunos chelines más.

Pasaron algunos segundos de indecisión marcados por el ruidoso reloj de pared del establecimiento. En solo unos minutos tendría que regresar a casa de su tío en Bloomsbury.

Finalmente decidió que no. No pensaba sobornar al señor Doyle. No podía hacerlo. Era una cuestión de principios. De orgullo personal. Si él no la consideraba digna de una de sus creaciones, ella tendría que encontrar otro sastre. Alguien que tuviera su misma habilidad y maestría.

Si es que existía una persona así.

Se recompuso y se volvió hacia la puerta, pero detuvo sus pasos al oír una voz grave a su espalda.

—La tienda cierra a las siete.

—Sí, ya lo sé. Solo estaba...

Se dio la vuelta y enmudeció.

Vio al hombre tras el mostrador. Era un tipo alto y corpulento, con la piel morena y el pelo tan negro como el carbón. Tenía parte del rostro oculto por las sombras que proyectaba la luz del candil, cosa que le confería un aspecto casi siniestro.

A Evelyn se le secó la boca.

Así que ese era el hombre de la voz que había oído detrás de la cortina. La voz que le había acelerado el corazón. Que también en ese momento provocaba que su corazón latiera más deprisa de lo normal.

Se humedeció los labios.

—Estaba a punto de marcharme.

Pero no se iba.

Estaba hipnotizada por la insolente mirada de aquel hombre. Se paseaba por su cuerpo como si pretendiera hacer un inventario de toda su persona, desde la punta del sombrero de fieltro (que habían rehecho ya tres veces) hasta el dobladillo de la falda de popelín marrón.

Se le cortó la respiración. Jamás había conocido a ningún hombre que la mirara de esa forma. Con tanto descaro y complicidad. Tenía la inquietante sensación de que ese tipo podía ver a través de la tela de la ropa hasta llegar a la piel desnuda.

Se ruborizó.

—¿Es usted el ayudante del señor Doyle?

Él la miró a los ojos. Los tenía tan oscuros como el pelo. Negros y luminosos, como una obsidiana.

Cosa que sabía perfectamente que no era posible. Debía de ser una ilusión óptica.

—Algo así —dijo con cierta ironía; parecía casi divertido.

La vergüenza de Evelyn empezó a dar paso a la indignación. Una cosa era la falta de consideración y la ignorancia del señor Doyle y otra que un subalterno del sastre se riera de ella. Lo miró con desaprobación.

—Permítame que le diga, señor, que la atención en esta tienda es lamentable.

—¿Tiene alguna queja en particular?

—Pues sí. —Regresó junto al mostrador muy indignada—. Puede decirle a su jefe que solo porque una dama lleve gafas, acabe de llegar a Londres y todavía no haya conseguido modista, no significa que sea una intelectual.

Él guardó silencio durante un momento de tensión.

—Con todo el respeto, señora, un buen negocio tiene que cuidar su reputación.

—Y yo tengo que ganarme la mía. —Se inclinó sobre el mostrador—. No soy una intelectual. No asisto a reuniones de intelectuales ni me relaciono con las reformistas victorianas. No escribo novelas o editoriales para periódicos en secreto. Y, evidentemente, tampoco me dedico a hacer experimentos científicos. Yo solo tengo dos pasiones en la vida: los caballos y la moda. Estoy perfectamente preparada para deslumbrar a cualquiera con lo primero, pero necesito la ayuda del señor Doyle con lo segundo.

—Aunque todo lo que diga sea cierto, Doyle seguiría viéndose obligado a rechazarla. Sus clientas femeninas pertenecen a una esfera distinta a...

—Él es quien viste a las Preciosas Domadoras de Caballos —le interrumpió Evelyn—. Sí. Ya lo sé. Por eso he acudido a él.

Él tipo clavó los ojos en ella.

—Esas domadoras, como las llama usted, no son mujeres cualquiera. Evelyn alzó un poco la barbilla.

—Sé muy bien lo que son. —Eran cortesanas. Preciosas y famosas cortesanas, y las amazonas más modernas y expertas que hubiera conocido Rotten Row¹. Y estoy decidida a eclipsarlas a todas.

—¿Usted? —Por suerte no se rio de ella. Solo siguió evaluándola con la mirada, examinándola, como si fuera la mutación de alguna criatura insólita—. ¿Ha visto usted a la señorita Walters y a las demás?

—Casi cada tarde desde que llegué a Londres. Montan muy bien, pero no lo suficiente. Desde luego, no tan bien como yo. —Se irguió cuanto pudo—. Tengo que admitir que me superan en cuestión de vestimenta. Pero estoy decidida a remediarlo.

—Con ayuda del señor Doyle.

—Con la ayuda de quien sea. El señor Doyle no es el único sastre de Londres.

Él la contempló con detenimiento.

—¿Por qué él?

La respuesta le parecía evidente.

—Porque confecciona unos trajes de montar preciosos. Y porque consigue que las damas que los visten parezcan igual de hermosas. Siempre he creído que es una especie de magia lograr eso con la ropa. Que pueda transformar a esas mujeres en personas extraordinarias. —Eso era lo que deseaba para ella: un poco de la magia del señor Doyle que la ayudara a realzar sus rasgos—. Pero, como le he dicho, él no es el único sastre de la ciudad. Estoy segura de que puedo...

—¿Dónde monta usted? —le preguntó el tipo de pronto.

Ella parpadeó tras los cristales de las gafas.

—¿Disculpe?

—Dice usted que es una amazona excelente, la mejor. Mejor que la señorita Walters. ¿Dónde exhibe usted sus habilidades?

Evelyn apretó los labios.

—Yo no lo calificaría de exhibición.

—¿Dónde? —volvió a preguntar.

—Todavía no he montado en Londres. Mi caballo ha llegado esta mañana. Quería esperar a tener mi nuevo traje de montar. De esa forma...

—Guardó silencio, consciente de lo calculadora que debía de parecer.

—Quiere usted causar impresión.

1 N. de la Ed.: Paseo situado en el londinense Hyde Park frecuentado por clase alta para montar a caballo.

—Algo así —contestó con las mismas palabras que él había utilizado antes.

Al hombre no pareció importarle.

—Mañana por la mañana, al alba, saldré a tomar el aire por Rotten Row. No suele haber mucha gente por allí a esa hora.

Evelyn lo miró fijamente.

—¿Quiere verme montar?

Él le devolvió la mirada intensa.

Y poco a poco ella comenzó a comprender. La seguridad que desprendía. Esa forma analítica de mirar su figura. Y esa manera de hablar... Ese hombre no empleaba el tono chillón y servil propio de un ayudante o un sirviente, era un tono autoritario.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ahmad Malik —respondió—. Yo soy el encargado de confeccionar los trajes.

—¿Usted? —Recuperó la esperanza. Sin darse cuenta dio un paso hacia delante y casi tropieza con sus propios botines—. Pero me habían dicho que el señor Doyle...

—En estos momentos, el nombre de Doyle es más aceptable que el mío.

Ella frunció el ceño. Malik era un nombre indio, ¿no? Y, sin embargo, «señor Malik» no parecía indio. No del todo. En realidad, él podría haber sido de cualquier parte: India, Persia, Italia o España. Incluso podría haber sido de origen rumano, como los viajeros que a veces pasaban por su pueblo de Sussex. Era difícil decirlo. Tenía un acento marcado. Lo que cualquiera podía advertir —lo que ella había advertido— era que se trataba de un hombre alto, moreno e inquietantemente apuesto.

—¿Pero los diseños son suyos? —preguntó—. ¿Los corta y los cose usted mismo?

Él inclinó la cabeza.

—¿Y se plantearía la posibilidad de hacerme uno a mí? ¿Si soy buena amazona?

—No puedo prometerle nada.

Por primera vez desde que había entrado en la tienda, Evelyn supo que todo iría bien. Cuando él la viera montar, en cuanto pusiera los ojos sobre *Hefesto*, se daría cuenta de que era merecedora de ese traje. Más que eso.

—¿Entonces nos vemos mañana? ¿Al alba? —Le tendió la mano enguantada—. No le decepcionaré, señor Malik.

Él dejó ver una expresión extraña. Como si ella lo hubiera pillado desprevenido. Como si le hubiera sorprendido de alguna forma... o quizá lo hubiera ofendido.

—Tiene usted ventaja sobre mí.
A ella le flaqueó la confianza.
—Disculpe. Yo...
—No sé cómo se llama.
—Ah, eso. —Se animó automáticamente y extendió un poco más el brazo—. Evelyn Maltravers.
—Señorita Maltravers.
Fue como si su mano, grande y fuerte, engullese la de la joven.
Y, ¡vaya! Lo sentía por todas partes. Aquel cálido y palpitante contacto. Resonaba en su interior; era una sensación de lo más extraña. Resultaba alarmante y excitante al mismo tiempo. Como una corriente. La chispa de algo nuevo. Algo importante.
Evelyn lo miró y lo vio, justo en sus ojos: Él también lo había notado. Frunció las oscuras cejas.
—Es señorita, ¿verdad?
Ella asintió en silencio con el corazón acelerado.
Él la observó atentamente. Y después le soltó la mano.
—Mañana al alba —dijo—. No se retrase.



Ahmad subió la escalera camino de los aposentos de soltero que había alquilado encima de la tetería de la calle King William. Los escalones crujían con cada paso. Alejado de la modernidad propia del barrio de Mayfair, era un lugar poco distinguido en una zona llena de almacenes y locales comerciales. Un sitio donde un hombre podía perderse entre los interesados clientes y los gritos de los entusiastas vendedores ambulantes.

Su puerta se encontraba al final de un estrecho pasillo. Un finísimo haz de luz se colaba justo por debajo. Suspiró decepcionado. Pensaba que aquella noche dispondría de un poco de intimidad para poder trabajar tranquilo en el modelo que estaba confeccionando para la vizcondesa Heatherton.

Era el primero de lo que prometía ser una larga lista de encargos para la temporada. La oportunidad de ver a un miembro de la alta sociedad londinense luciendo sus creaciones sin ser una cortesana de Rotten Row.

—¿Eres tú, Ahmad? —preguntó la apagada voz de Mira.

—¿Y quién si no? —Abrió la puerta con la llave y entró en el salón, donde se encontró a su prima atareada en la mesa de madera redonda de la esquina. Estaba cosiendo a mano una aplicación de encaje en la berta del vestido de noche de muselina azul hielo de lady Heatherton, que todavía no estaba terminado. La fulminó con la mirada—. ¿Qué haces aquí?

Mira levantó la vista de la costura. Contaba veinticuatro años, seis menos que él. Tenía el pelo tan negro como él, pero mientras que él tenía los ojos oscuros, los de ella eran de un asombroso color verde aceituna. Una prueba de la mezcla de su linaje pastún e inglés.

La madre de la joven y tía de Ahmad, Mumtaz, era una dama india que vivía en las afueras de Delhi. La mujer había adoptado y criado como a un hijo a Ahmad tras la muerte de su madre. Era una persona bondadosa y amable que sucumbió a una febril enfermedad el verano del año 46. Cuando estaba en el lecho de muerte, le había hecho prometer su esposo —un soldado británico— que se llevara a su hija a Inglaterra con él. Ahmad los había acompañado y juró cuidar siempre de su prima.

Y realmente había sido él quien la había cuidado.

Su padre había muerto a causa de problemas derivados de la bebida poco después de que llegaran a Londres, dejando a Mira sola y sin blanca en las calles del East End. Su supervivencia había dependido completamente de Ahmad. El chico había hecho por ella todo lo que había podido; pero, por aquel entonces, él solo tenía quince años, era solo un niño.

Juntos, Mira y él habían sufrido algunas de las peores experiencias que uno podía vivir en la metrópoli. Pero últimamente su suerte había cambiado, en gran parte gracias a la amabilidad de los jefes de su prima, el abogado Tom Finchley y su esposa, Jenny. Mira era la dama de compañía de la mujer. Ahmad también había trabajado para ellos hasta el año anterior, cuando por fin logró establecerse por su cuenta.

—Hoy la señora Finchley no me necesitaba —dijo la joven—. Y tenía tiempo de sobra para venir a verte esta tarde.

—¿Y llevas mucho tiempo aquí?

—Desde las cinco en punto.

No había duda de que llevaba mucho tiempo allí. El fuego estaba encendido y las brasas ardían alegremente en la chimenea. Incluso había limpiado la habitación. Había ahuecado los cojines del harapiento sofá y había adecentado las pilas de libros y bocetos que Ahmad tenía a medias.

La joven alzó el corpiño del vestido de noche lleno de encajes.

—Casi he terminado esta parte del ribete.

Ahmad se acercó a la mesa para examinar el resultado.

—Muy bien.

Ella esbozó una sonrisa orgullosa.

—A mí también me gusta.

Le acarició la barbilla. Durante todos los años que habían pasado juntos, él le había enseñado casi todo lo que sabía sobre costura.

Al principio no tenía mucho que enseñarle.

Había sido aprendiz de un sastre en la India, pero no era modisto. Durante el tiempo que pasó trabajando en el bazar Chandni Chowk de Delhi, había aprendido a cortar y coser con esmero y precisión camisas, abrigos y pantalones de estilo europeo. Pero no fueron las prendas de los caballeros británicos lo que despertaron su inspiración. Fueron los vestidos de las damas inglesas. La elegancia de un corsé bien ceñido y el sensual balanceo de una falda con volumen.

—No deberías estar aquí —le dijo.

Mira retomó la costura.

—¿Y por qué no? ¿Preferirías pasar la noche solo? —Lo miró a los ojos un momento—. Tenías planeado estar solo, ¿verdad?

—No es asunto tuyo, *bahan*².

Se fue quitando el abrigo mientras cruzaba la estancia y lo lanzó sobre el respaldo de una silla. Estiró bien los brazos. La costura le cargaba mucho el cuello y la espalda. Y últimamente había cosido mucho tratando de cumplir con los plazos de los vestidos de noche y los trajes para montar que le habían encargado.

Todo formaba parte del plan. Un sacrificio necesario que lo acercaría un poco más a la posibilidad de abrir su propia tienda.

Reprimió un bostezo.

—¿Hoy has estado todo el día en la sastrería? —preguntó Mira.

—La mayor parte del tiempo. Doyle tenía que terminar dos trajes.

—Y has tenido que hacerlo tú, ¿verdad? —preguntó con evidente desaprobación—. Ese hombre cree que trabajas para él.

Y no era así. Por lo menos no oficialmente. Él y el anciano sastre solo tenían un acuerdo informal al que llevaban ciñéndose desde el otoño.

Tras la muerte de Heppenstall, Doyle se había mostrado reticente a la posibilidad de seguir por su cuenta. Y parecía igual de reacio a asociarse con un indio.

Con ayuda de Finchley, habían llegado a un acuerdo.

Ahmad trabajaría desde la tienda y pondría sus habilidades a la disposición de la confección de prendas de caballero. A cambio, Doyle había accedido a retirarse en un año y, al hacerlo, permitiría que Ahmad se quedara con su contrato de arrendamiento.

Ya habían pasado seis meses desde que hicieran el trato. Lo que significaba que, en seis meses más, Ahmad sería el propietario de Doyle y Heppenstall. Ya disponía del capital necesario. Solo necesitaba la clientela.

—¿Y el resto del día? —preguntó Mira.

2 N. de la Ed.: «Hermana» en hindi.

—He pasado la mañana en Grosvenor Square, haciendo una prueba.
—¿Para lady Heatherton? —Su prima frunció el ceño—. No me cae bien.
—No tiene por qué caerte bien.

La vizcondesa Heatherton había sugerido que consideraría la posibilidad de ser su mecenas. Ya le había pedido tres vestidos de noche para empezar la temporada. Y cuando las damas de la alta sociedad vieran su trabajo, todas irían a pedirle vestidos para ellas.

—Te mira de una forma... —dijo la joven—. Como si quisiera comerte.
Él esbozó una mueca.

—Cuanto menos hablemos de eso, mejor.

Su prima no tenía intención de dejar el asunto.

—Supongo que te ha pedido que vuelvas a tomarle medidas.

Y lo cierto era que lo había hecho. Y en su tocador. Como siempre, él había hecho caso omiso al flirteo y a la confianza con la que lo tocaba. ¿Qué alternativa tenía? En ese momento necesitaba una mecenas. Alguien que pudiera lucir sus diseños ante el mejor público posible.

Mira hizo chasquear la lengua.

—Entre esa y tus sucias palomas, no me extraña que estés siempre tan cansado.

—Mis sucias palomas —se burló.

—¿Acaso no lo son esas criaturas que visten tus trajes de montar?

Ahmad se aflojó el pañuelo anudado al cuello.

—¿Qué sabes tú de ellas?

—Leo los periódicos. Veo lo que la gente dice sobre la tal señorita Walters. La llaman Incógnita o Anónima, pero todo el mundo sabe de quién están hablando.

—Eso espero —repuso secamente.

Catherine Walters era la cortesana más famosa de Inglaterra. Era una experta amazona y había conquistado a la alta sociedad, tanto en las actividades ecuestres como en los salones de baile. Su esbelta figura, realzada por los espectaculares trajes de montar que lucía, la habían convertido en una de las mayores atracciones para cualquiera que frecuentase Hyde Park. Cada día, durante la hora punta de la época, la gente se agolpaba en Rotten Row para verla pasar.

Después de saber que la señora Finchley llevaba uno de sus vestidos la temporada anterior, la señorita Walters se había puesto en contacto con Ahmad con el objetivo de pedirle uno para ella. Había empezado encargando un traje de montar, y había seguido con cinco más. Había sido un auténtico golpe maestro sartorial. La mejor publicidad que podría pedir, teniendo en cuenta la clase de personas con las que se relacionaba ella.

Casi valía la pena el coste en el que él había incurrido, tanto en tiempo como en materiales.

Y desde que la señorita Walters había lucido uno de sus diseños, dos cortesanías más le habían encargado sus trajes de montar. Los periódicos las llamaban las «Preciosas Domadoras de Caballos». Y mujeres de todos los estamentos sociales se desvivían por imitar su estilo y habilidad.

—Pero puedes estar tranquila —le dijo a su prima—. La señorita Walters está liquidando sus propiedades. Pronto se marchará de Londres.

Mira alzó las cejas.

—¿Ha encontrado un nuevo benefactor?

—Eso creo. Con un poco de suerte, él se encargará de pagar sus deudas antes de asustarla.

—No me digas que todavía no te ha pagado.

—No ha liquidado los pedidos de esta temporada.

A decir verdad, la señorita Walters solo había pagado los trajes del año anterior. Como hacían muchas damas modernas, esta tampoco tenía ningún problema en dejar las cuentas sin pagar durante varios meses.

—¿Cuánto te debe? —preguntó Mira.

—Una suma sustanciosa.

—¿Cómo de sustanciosa?

—Cien libras.

Ahmad se mareó un poco al admitirlo. No era una suma pequeña, en especial para un hombre de su posición. Ante los impagos de la señorita Walters, se vio obligado a recurrir a sus ahorros para cubrir los gastos. Y tuvo que usar el dinero que había reunido para costear la tienda de vestidos.

—¿¡Cien libras?! —La rabia nubló el rostro de su prima. Ella solo cobraba treinta libras al año como dama de compañía, y se consideraba un sueldo generoso—. Ya sabía que era un error aceptar sus encargos. Tiene reputación de dejar deudas allá donde va. Justo ayer leí que...

—¿Ya sabe el señor Finchley que tienes debilidad por leer las páginas de chismorreos?

—No cambies de tema.

Ahmad le estrechó el hombro de camino al armario donde guardaba el licor.

—¿Has comido?

La joven asintió.

—¿Y tú?

—Todavía no. —Alcanzó una botella de coñac y un vaso—. Me tomaré una copa —dijo—. Y después te meteré en un coche de caballos que te lleve a casa. Mañana tengo un día muy atareado.

—¿Lady Heatherton otra vez?

Él negó con la cabeza.

—Una posible clienta nueva.

Y sentado a la mesa, le habló a su prima acerca de aquella peculiar joven que había entrado esa misma tarde en Doyle y Heppenstall.

—¿Otra sucia paloma? —preguntó ella cuando hubo terminado.

—No lo sé —admitió frunciendo el ceño—. Hablaba y actuaba como una dama, pero...

—¿Pero?

—No iba a acompañada de ninguna doncella. Y tampoco la esperaba ningún carruaje. Me parece que ha debido de llegar caminando hasta la tienda desde la parada del ómnibus.

—¿Era muy hermosa?

Se quedó mirando fijamente su vaso de coñac.

—Es posible.

Era difícil de decir. Los encantos que pudiera tener la señorita Maltravers, si es que los tenía, estaban muy bien escondidos.

Y, sin embargo, había percibido que tenía potencial.

Los ojos con los que ella le había mirado por detrás de las lentes de las gafas eran de un suave y sedoso tono avellana, grandes y parecidos a los de una cervatilla, enmarcados por unas larguísimas pestañas. También le había dado la impresión de que el cabello que asomaba por debajo del desaliñado sombrero de ala ancha era de un lustroso color marrón mezclado con mechones rojizos y dorados que brillaban a la luz de los candiles. Llevaba una larguísima mata de pelo recogida en un extraño moño muy poco favorecedor que descansaba sobre la nuca.

En cuanto a su figura, por lo que había podido deducir que se escondía bajo la tela de un caraco demasiado ancho y la falda, le había parecido una mujer bien proporcionada. Medía casi metro setenta, una altura muy considerable para una dama, y parecía que tuviera un pecho generoso.

El resto, en ese momento, solo podía suponerlo. No lo sabría seguro hasta que la hubiera visto desnuda.

La idea le hizo ruborizarse.

A Mira le brillaron los ojos.

—¿No lo sabes? Debe de haberte parecido lo bastante hermosa como para haber accedido a hacerle un traje.

—No he accedido a nada. Solo siento curiosidad.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Tiene posibilidades.

—Probablemente solo sea otra de esas damas que pretenden copiar el estilo de las cortesanas.

Ahmad suponía que era posible. Había muchas así. Sin embargo, hasta la fecha, ninguna de esas jovencitas había sido tan ingenua como para visitar la tienda de Doyle y Heppenstall.

Hasta aquella tarde.

La señorita Maltravers había reconocido que sus diseños eran bastante originales. Había dicho que eran mágicos. Ahmad se había sentido ridículamente halagado.

—O quizá esté pensando en entrar en el negocio... —dijo Mira.

—¿Como cortesana?

A él le parecía poco probable. Y, sin embargo...

Y aun así el mero contacto de su mano enguantada había bastado para provocarle una punzada de excitación. Se le había cortado la respiración y enseguida había notado cómo se le calentaba la sangre.

En ese momento se había preguntado qué clase de extraña criatura era aquella hembra desaliñada que tenía el poder de cautivar a un hombre con la habilidad de una sirena.

De cautivarlo a él.

Santo cielo.

Él había pasado sus años de juventud empleado como matón en el local para caballeros que la señora Pritchard tenía en Whitechapel. Había sido el primer trabajo que encontró en Inglaterra, la única fuente de ingresos con la que poder cuidar de Mira. Y allí había estado rodeado de mujeres atractivas, auténticas profesionales de la seducción, y ninguna de ellas le había impactado tan profundamente como la señorita Maltravers. Desde luego, no con solo tocarle la mano.

Si aquella era una muestra de sus habilidades eróticas, pronto estaría más demandada que la propia Catherine Walters.

Esa perspectiva le dejó un sabor amargo en la boca. Se tomó otro trago de coñac.

—¿Qué más? —preguntó su prima.

Él le lanzó una mirada confusa por encima del vaso.

—Si no es una dama ni una cortesana, ¿entonces qué es?

—No lo sé —reconoció—. Pero pienso averiguarlo.